

CELTIBERICOS. - Que esta citania romana está asentada sobre un nivel cultural celtibérico lo demuestra, en primer lugar, su acrópolis labrada en arenisca, con sus lienzos derruidos, pero que conservan aun su primitiva disposición de Templo de ofrendas, y su expositorio, donde los cadáveres eran expuestos a la voracidad de las aves, costumbre celtibérica plenamente demostrada. También demuestran su origen céltico las cistas de incineración que hemos hallado, y cuya vasija enviamos en su día al Museo Arqueológico de Cáceres. Cista de tipo argarico plenamente céltico.

En el museo que hemos instalado en la Biblioteca Pública Municipal de Portezuelo, situado en las Escuelas Nacionales de dicho pueblo, hemos ido colocando debidamente catalogados, todos los objetos hallados en nuestras prospecciones, y allí seguirán depositadas las muestras que encontremos, para que sirvan de referencia, de estudio y de justificación de nuestros afanes.

También hallamos muy cerca de esta citania romano-celtibérica, siguiendo la misma cordillera, y no más que a un kilómetro de distancia, una muestra del megalitismo tan frecuente en el Occidente de la Península. Se trata de un cazadero megalítico. De ese cazadero ya he escrito con anterioridad por extenso. Resumiré aquí lo más esencial.

Se trata de una colocación de grandes piedras en forma de V que ocupan las dos laderas de una portilla natural que abre paso de Norte a Sur la cordillera. Esta colocación estratégica de las grandes piedras, termina en el vértice del ángulo, y allí se abre un recinto circular donde indefectiblemente venían a parar las reses objeto de la caza de aquellos primitivos cazadores, previamente ojeadas para hacerlas entrar en el gran abanico que constituía el cazadero.

Revela este megalitismo, que esta región fue plenamente habitada en el periodo neolítico, y que no solo fue habitada de paso por el hombre de aquella época, sino que lo fue con carácter de estabilidad, ya que estas construcciones revelan una estancia continuada.

Hemos hallado cerca de este cazadero, y también en las proximidades de la «Cueva de la Gulera», hachas neolíticas que conservamos en nuestro museo. También han sido encontrados ídolos fálicos en abundancia, siendo éstos de variados tamaños. La parte posterior de un hacha neolítica terminada en punta, que serviría como arma contundente y agresiva.

Y no terminan aquí las manifestaciones prehistóricas o protohistóricas de esta zona. Creemos haber encontrado los restos de un sepulcro o cámara en cúpula en el cerro de «Turuñuelo». Este ha sido profanado y casi destrozado, quedando solo vestigios de su existencia. Supongo que una sepultura antropomorfa excavada en roca por completo, que conserva la forma de ataúd, y está sirviendo en una fragua de la localidad de depósito de agua para enfriar los hierros al rojo, ha sido traída precisamente de la sepultura en cúpula que reseño.

Signe constituyendo un enigma el trazado de la Vía Dalmacia. Vía que sirvió en el Medioevo como paso obligado por los Reyes de León en sus incursiones a tierras del Tajo - pero que en tiempos romanos unía Túrmlus (Alconéjar) con Miróbriga (Ciudad Rodrigo), pasando por Cauria (Coria) y Catóbriga (Gata) - . Esta Vía, que sin duda alguna pasaba por Portezuelo, nos inclinamos a creer que lo hacía por la citania romana reseñada anteriormente, ya que solo un par de kilómetros separan este sitio del actual pueblo, y que, dado el carácter terreno de dicha Vía, ha desaparecido su trazado completamente.

Al no poder hacer excavaciones en forma sistemática y con amplitud de miras, nos impide poner al descubierto lo que encierre este yacimiento de reliquias arqueológicas. Esperamos poder continuar nuestros estudios, con la ayuda que se nos preste, pues hemos elevado una instancia al Presidente de la Excelentísima Diputación Provincial, para que, con cargo a las consignaciones de sus Servicios Culturales, se nos subvencione económicamente, al objeto antes expuesto.

Navalmoral de la Mata

ESTOY solo en la Piedra Caballera, mirando
el hervir de tu casta doncellez de techumbres.
Nos separa una brisa y una nube, esperando
que con lánguidas luces el camino le alumbres.

Pueblo mío, amigo de quietud y de calma;
despojado de rayos de ciudad, despojado
de renombre, de historia, de solera... Mi alma
de tí sueña la imagen de un palacio encantado.

Yo no te quiero grande de verdad. Yo te quiero
grande, sólo en mi boca amante y mentirosa.
Pequeño... eres más dulce, más niño, más sincero
más fugaz y más íntimo, como una mariposa.

Desde el llano, me muestras tu desnudo luciente,
digno de los pinceles de Zuloaga o Sorolla.
Tu desnudo de tejas, de muchacha inocente,
de enjalbegadas carnes, de redondez de olla.

El humo son tus ansias; el silencio, tu vida.
El rebuzno, y el canto del gallo, tu vivencia.
El moral y el olivo, tu ajuar de prometida.
Las tardes y las noches druídicas, tu esencia.

Desde la Piedra - Cíclope que Ulises dejó ciego - ,
hundida en ese llano, torso de Extremadura,
sube hasta mí tu aroma de pubertad y espliego,
Navalmoral, que todo me llenas de ternura.

Eres pozo, eres cuna, eres tumba y amigo;
eres latido de corazón enamorado.

San Andrés, con su torre que se escapa es tu ombligo
genitor. Las Angustias, tu mentón inviolado.

Risas de dicha auténtica, tus campanas bermejas
que, con su voz de sangre, dan vida a tus senderos.
Ellas dicen, riendo, las amarguras viejas
y atalayan tu sueño cerca de los luceros.

Por niña y por materna, no quisiste murallas.
Despreciaste las puertas, ajenas al cariño
mutuo. Te protegiste con la cota de mallas
de tus brazos, abiertos a todos, como un niño.

¡Navalmoral, qué suave tu nombre femenino!
¡Qué amorosa y qué lenta tu armoniosa cadencia!
¡Qué accesibles tus lindas montañas de lino!
¡Qué sencilla y qué cálida tu callada presencia!

¡Cisterna de ilusiones, Fuente de Caños Viejos!
¡Manantial de la Sensa, filo que al Sol alcanza!
¡Pozón del Cementerio, romanza de azulejos!
¡Aguas de mi niñez, aguas de mi añoranza!

¡Y tú, piedra en que yazgo, mi Piedra Caballera,
poderoso gigante, centinela y vigía,
clavada en este yermo de historia venidera,
hincada, cuerpo y alma, en esta tierra mía!

En las noches extrañas de misterio y estela,
cuando, sobre el silencio, va bogando la luna
feliz duerme, mi pueblo, que San Andrés te vela
y la Madre Angustiada te cimbreo la cuna...

PABLO JIMENEZ GARCIA

Desde la Piedra Caballera,
2 de Enero de 1961

En Serradilla pernoctó San Pedro de Alcántara



¿QUÉ bienes nos vienen con esa noticia?

Esperaba yo, querido lector, semejante pregunta. Sospechaba que, para algunos, tal noticia resultase exotérica, trivial y baladí. Pero para otros quizá sea exotérica, curiosa y digna de atención. Desde luego que para Serradilla implica un grato recuerdo. Porque para ir a Serradilla, por lo escondido del lugar, hay que hacer intención. Además ¿quién no se gloria del paso de los Santos por el polvo de las calles y casas de su pueblo?

San Pedro pisó en Serradilla y durmió en la villa. Durmió en una casona de la calle del Cristo Bendito, casa de rancia construcción, pero sobre todo de rancio sabor cristiano. Sus dueños y moradores conservaron en santa tradición y veneración el recuerdo de la permanencia y dormición del Santo en su hogar querido. Y como reliquia conservaron el duro lecho en que pernoctó. Es un escaño grande, vetusto, duro, austero y recoleto; testigo mudo de su penitencia. Ello es un testimonio y recuerdo de su visita a esta latitud, panorámica de Monfragüe, circundada por los riberos del hondo Tajo.

Este escaño bendito, impregnado de sudores penitenciales, es el que ha motivado la publicidad de estas líneas. Porque los actuales herederos, secundando la voluntad del último dueño difunto, han tenido la gentileza de donarle al monasterio de El Palancar, sito junto al Pedroso y fundado por el mismo Santo. El Padre Escribano, en la actualidad Guardián de predicho convento, ha venido a Serradilla y en ella se le ha entregado consabido escaño para que pase a ser propiedad y reliquia de aquel monasterio.

¿Y porqué vino a Serradilla San Pedro?

Era el año de 1560. En sus primeros meses, las nieves hicieron presencia duradera en todos aquellos contornos de El Pedroso. Ello impedía que los frailes saliesen a mendigar por los pueblos vecinos. Por este estado de cosas las provisiones del convento se iban agotando. Hasta tal extremo llegó esa penuria e inopia, que un día contó el Santo con un solo panecillo, y duro, para dar de comer a los frailes de